

menzaba á hacer desde que lo vió asomar, y decía á su colega Don Trajano, sin quitarse los lentes de los ojos:

—¡Hermoso hombre! ¡Es una estatua vestida de andaluz, bien que no de majo ni de torero!.... Los perfiles americanos del traje poetizan mucho su persona... —¡Qué torso! ¡qué cuello! ¡qué cara!.... ¡Es un modelo de belleza masculina!.... —Para Apolo, es demasiado fuerte, y para Hércules, demasiado esbelto.... —Lo compararé, pues, con el "David" de Miguel Angel.... —¿Ha estado usted en Florencia?

—No, señora.... —balbuceó Don Trajano, muy confundido, pensando quizá en sus largas piernas y peraltados hombros, que ni en la juventud fueron esculturales.

En el interín, la atención del público había dejado de fijarse en Venegas para acudir á Soledad.

Esta no semovía ni pestañeaba; parecía mirar al cielo ó á los tejados de enfrente, pero ¡demasiado sabría que Manuel se hallaba allí, delante de ella, á unos pocos pasos de distancia!... Los movimientos de la muchedumbre; las conversaciones de la calle, que subían hasta el

balcón: la madre tristísima, la pobre señora María Josefa, sentada á un lado como una mártir; sus propios ojos, en fin, dotados, según ya sabemos, del don de ver aun aquello que no miraban.... se lo habrían dicho desde el primer momento.—Mostrábase, sin embargo, enteramente tranquila, y hasta se la vió sonreír graciosamente en contestación á no sé qué cosa que su atribulada madre le dijo en ademán de súplica.... —¡Era digna hija de aquel hombre que, sorprendido una tarde por el foribundo "Niño de la Bola," junto á cierta fuente del campo, no se movió, ni se dió por entendido de su presencia, ni hizo nada para evitar una muerte casi segura!....

En esto, y cuando algunas personas estaban ya procurando mafiosamente que Manuel alzase la vista y reparase en Soledad, comenzó el tercer repique de las campanas de Santa María; nuevos cohetes volaron y crujieron en el aire; sonó un largo redoble de tambor, seguido del acompasado toque de marcha, y víéronse salir de la iglesia, y formarse, y ponerse en ordenado movimiento, banderas, luces, cófrades, monaguillos.... —La Procesión estaba en la calle.

012060

Aquel jubiloso estrépito, aquel animado y solemne espectáculo, los cantos religiosos que principiaron luego; toda aquella reproducción de escenas de mejores días, impresionó bruscamente á Manuel, haciéndole erguir la cabeza y mirar á todos lados como buscando aire de vida y de salud para su corazón que se ahogaba, según lo demostró el hondo suspiro que lanzó al fin su oprimido pecho...

Y entonces fué cuando el desgraciado vió relucir en el balcón de enfrente, la impertérrita figura de Soledad...

¡Era ella!... No cabía duda.... ¡Era su cara de ángel!... ¡Eran sus ojos, que no le miraban á él, pero que seguían iluminando y embelleciendo el mundo!... —“¡Soledad!”... estuvo para gritar el infeliz, loco de dicha, en el primer arrebatado de su pasión....

Pero ¡ay! no... ¡no era ella! ¡No era Soledad!—¡Era la mujer de otro hombre, la mujer de un desconocido, llamado Antonio Arregui!... ¡Era la impura renegada del amor! ¡Era la sacrilega que había escupido en mitad del corazón al más fino y consecuente amante! ¡Era la traidora que le había dado muerte por la espalda, en la ausencia, sobre seguro,

cuando más tranquilo y confiado batallaba en remotos climas por obtenerla, por llamarla su “esposa,” por alcanzar la dicha de ser su esclavo! ¡Era el execrable demonio de su vida! ¡Era la envenenadora de su alma!

Esto decía el rostro de Manuel... Esto decía su corazón, asomándose á los espantados ojos, para ver si efectivamente Soledad se atrevía á estar en aquel balcón, vestida de gala, tomando parte en una fiesta, mostrándose á la luz del sol, “después de lo que había hecho.”

Y lo veía, y no podía explicárselo.... —Y el creciente furor de su nunca domada soberbia, iba rayando en verdadera locura...

¿Cómo no temblaba la inicua? ¿Ignoraba que había llegado su juez? ¿No se lo había dicho su madre? ¿No sabía que él estaba allí, enfrente de ella, esperando al imbécil que se creía “su esposo,” para coserlo á puñaladas delante de todo el pueblo? ¿No sabía que ella misma, su antigua reina y señora; ella, que dignaba mirarlo y parecía desafiarlo con su tranquilidad é indiferencia; ella, que lo seguía insultando con aquella mundana mantilla blanca y con aquella vil

hermosura entregada á otro, se hallaba también en el caso de temblar por su propia vida?....

Ni ¿á qué tardar?—¡Un salto le bastaba para encaramarse al balcón!.... El puñal vibraba sediento de sangre á cada latido de su pecho!.... Ya lo había apretado con el brazo varias veces contra su corazón, como á un fiel amigo....—Además, "Antonio" (¡que era como le llamaría la pérfida!) estaba ausente.... había huído....—Todos acababan de asegurárselo....—Por lo tanto, no era ocasión de pensar en matarlo á él....—¡En quien había que pensar por de pronto era en ella, en la sierpe que seguía azotándole el alma, en aquella insolente y contumaz pecadora, tan solazada y divertida en ver avanzar la Procesión, que no se curaba de los oportunos ruegos de su madre ni de las señas con que el mismo público empezaba ya á decirle que corría peligro, que se retirase de la ventana, que Manuel iba á acometerle de un momento á otro!....—¡Y también había que pensar en aquel obsequioso público, pendiente de las acciones de él; en aquel amable gentío que no dejaba de mirarlo con anticipado asombro: en aquellas tres mil

personas esperanzadas en algo extraordinario, digno del hijo de Don Rodrigo Venegas, propio del antiguo "Niño de la Bola," adecuada á sus amenazas de otro tiempo, en consonancia con la general inquietud que hacía veinticuatro horas reinaba en la población....—¡No más vacilaciones! ¡La fatalidad lo había escrito! ¡Manuel Venegas tenía que matar á la "Dolorosa!"

Pero la Procesión había avanzado mientras tanto, y ya desfilaba entre Soledad y Manuel incomunicándolos en cierto modo...

Tuvo, pues, el joven, que contenerse, sin que por ello cesara su furia...

Y, de esta manera, vió pasar ante sí, como fantásticas visiones que se mofaban de su amoroso delirio, los históricos estandartes del tiempo de la conquista, los ciriales de la Parroquia, los muñidores con sus pértigas de metal, las devotas que cumplían "promesa" yendo descalzas, los labriegos con sus capas de paño de Ohanes, los cofrades con sus escapularios y veneras, los Nacionales con sus morriones colgados á la espalda, los músicos con sus piporros ó bajones, los chantres con sus papeles de música, los acó-

litos con sus incensarios...—El Niño de la Bola, el Niño Jesús, el Niño de Dulce Nombre debía hallarse muy cerca.... tan cerca, que ya sonaban las argentinas campanillas de sus andas; ya fulguraban sus cien luces; ya se respiraba el aroma de los pebeteros.

Manuel no había mirado todavía á la linda efigie que tanto amara en su niñez y en su adolescencia.... En cambio, Soledad no apartaba de ella la vista, pensando sin duda en que, durante muchos años, aquel trono de flores, de frutos y de blancas palomas vivas, en que iba de pie el lujoso Niño, debióse á la diligente devoción del hombre que tanto la había amado, que tanto la amaba, que tan infeliz era en aquel instante...—Ello es que, con gran asombro de todo el mundo, la hija de Don Elías empezó á desconcertarse, á conmovirse, á aturdirse, y que un ligero temblor agitaba sus ojos y sus entreabiertos labios, cual si estuviese á punto de llorar....—¡Entonces sí que todos la hallaron hermosa! ¡Entonces sí que parecía una Virgen de los Dolores!

La emoción general era también extraordinaria.... El público llegaba á uno de sus grandes y fugitivos momentos de

inspiración...—Debiérase á la Providencia ó el acaso, concurría allí tal cúmulo de circunstancias patéticas, que el gran poeta y artista llamado "Pueblo," había recobrado su majestad, mostrábase digno de su nombre, comenzaba á sentir noble y piadosamente.

Pasaron al fin las andas entre Soledad y Manuel... y, como ella las iba siguiendo con la vista, y él no separaba la suya del semblante de la beldad, aconteció que sus miradas se encontraron; que la una se quedó como enredada y presa en la otra; que se estableció entre ambas una corriente invencible y que el presunto matador y la presunta víctima no pudieron ya dejar de contemplarse desatinadamente....

Y entonces vió Manuel á un mismo tiempo, amalgamadas y confundidas, la imagen del Niño Jesús, de su ídolo de tantos años, y la imagen de su otro ídolo caído, de la atribulada "Dolorosa," que había comenzado á llorar desconsoladamente y que lo miraba al través de un río de lágrimas...

¡Llorar ella! Era cosa que jamás se había visto y que nunca se hubiera creído.  
—“¡Llorar ella!” se decía asombrado el

público...—“¡Llorar ella!” clamaban las entrañas del fanático amante, del noble y sensible Venegas, del hombre tierno y generoso que sólo era fuerte contra el obstáculo, que sólo era duro contra la rebelión...—¡Llorar su adorada! ¡llorar por él! ¡llorar en presencia de tantas gentes! ¡llorar, aunque sólo fuese de miedo! ¡llorar... acaso de cariño y pena, al verse ligada á otro hombre y aborrecida por el que siempre fué dueño de su alma! ¡Llorar su querida estando él en este mundo!

Un alarido de infinito amor, de piedad inmensa, brotó del corazón del hijo de Don Rodrigo, y abalanzóse hacia el balcón, sin saber lo que hacía, como para consolarla, como para que lo perdonase, como para defenderla contra sí mismo, como para arrebatársela al usurpador, llamado “esposo,” que daba origen á aquellas lágrimas....

Pero este cambio había sido tan repentino, que la Procesión se interponía aún entre los dos jóvenes....—Ya habían pasado las andas.... Mas en aquel momento pasaba el “palio”..

Debajo del palio penetró, pues, el misero, al dejarse llevar de aquel amoroso, irresistible impulso.

—“¡Que la mata!”—habían clamado entretanto mil personas, creyendo que el furor y la muerte iban con Manuel....

Y Manuel, que oyera este horrible grito, ya calumnioso; Manuel, que no quiso dejar ni un instante al público en aquel bárbaro error; Manuel, que vió todavía arrodillada mucha gente ante la santa efigie, arrodillóse también de pronto, en medio de su veloz carrera, fingiendo, con la rapidez y la astucia propia de los dementes, un tardío homenaje al Niño de la Bola.

Quedó, por lo tanto, guarecido bajo el sagrado toldo aquel pobre frenético, que á todos les pareció un pecador arrepentido...—Así lo decía el ufano semblante de los portadores del palio... Así lo decía la emoción religiosa del concurso....—Y, como á todo esto la procesión se había parado, contenida y revuelta por tan dramáticos accidentes, hubo tiempo de que la multitud, en renovadas olas, acudiese á contemplar el maravilloso espectáculo de aquel hombre salvaje y feroz, de aquel que poco antes fué calificado de “asesino,” de aquel furioso que traía asustada desde la víspera á toda la ciudad, postrado debajo de las

andas del Niño Jesús, humillada la frente, oculta la faz entre las manos, en la actitud de la más humilde penitencia...

En poco estuvo, sin embargo, que se desvaneciera la ilusión del público y se conociese que Manuel no era en aquel instante un pecador contrito, ni mucho menos...—Lo decimos, porque entonces ocurrió que la madre de la "Dolorosa" y la dueña de la casa trataron de quitar del balcón á la angustiada joven, próxima á perder el conocimiento. visto lo cual por Manuel (desde el suelo en que mañosamente estaba acechando la ocasión de proseguir su amoroso avance), irguióse, no del todo y con mucha cautela, y deslizó un pie en aquella dirección, como el tigre adelanta las manos para dar el salto....

—¡Detenedlo! ¡detenedlo!—exclamaron los que estaban más próximos echándose hacia atrás.

Manuel arrojó á los que tal decían una mirada y una sonrisa espantosas, y, sin acabar de erguirse, y volviendo la cara á un lado y otro, como para impedir que lo detuviesen, avanzó resueltamente hacia el balcón....

Pero entonces oyó tronar sobre su ca-

beza una voz terrible, que le decía con indignado acento:

—¿ Adónde vas, desagradecido? ¿Por qué no quieres verme? ¿qué daño te he hecho yo con amarte?

Y al mismo tiempo vió que una especie de montaña de oro le cerraba el camino, interponiéndose entre él y la casa que iba á asaltar.

Era el corpulento Don Trinidad Muley, el cura de Santa María, el Preste de la Procesión, revestido con su **capa pluvial** de tisú de oro y plata, hecha como de molde para lucir sobre su amplia y majestuosa figura.

Manuel, en medio de su delirio, lanzó un sollozo de amor y melancolía al encontrarse cara á cara con el digno sacerdote, con su antiguo protector, con su segundo padre, con el ser á quien más debía en el mundo, y le besó las manos y el rostro entre las exclamaciones de entusiasmo y tiernas lágrimas del genio.

—¡Déjame! ¡Aparta! (decía en tanto el experto Don Trinidad.) ¡La Procesión no puede detenerse!—Te repito que eres un ingrato! ¡Cerrarme la puerta de tu casa! ¡Desairarme delante de todo el pueblo!

A todo esto, Soledad había desaparecido.

—¡Perdón, señor Cura!—balbuceó Manuel, avergonzado de haber ofendido á su bienhechor.

—¡Déjame! ¡no quiero verte!—replicó Don Trinidad, fingiéndose cada vez más furioso.

—No me rechace usted, señor Cura.... (insistió el joven.) ¡Piense usted que soy muy desgraciado! ¡No aumente mi desesperación con sus desprecios!

—Pues entonces.... ¡agárrate, y sígueme! (contestó su antiguo padrino.)—Pero cállate ahora.... Aquí no se puede hablar....—¡Señores! ¡adelante con la Procesión!

Y, al decir esto, el párroco alargaba á Manuel un pico de su capa pluvial, de cuya fimbria se cogió maquinalmente aquel pobre enfermo tan necesitado de verdadero cariño.

Y la procesión se puso en marcha; y, en pos de ella, Don Trinidad Muley, cantando estentóreamente y mirando de reojo á Manuel para que no se soltase; y, en pos de Don Trinidad, el terrible joven, asido á la sacra vestidura; y, en pos de la "rescatada oveja" (frase de

Don Trajano,) un gentío inmenso que gritaba:

—¡Viva el Niño Jesús!

—¡Qué diablos es eso?—preguntaban en tanto muchas personas desde los balcones más distantes.

—¡Qué ha de ser? (respondían desde la calle algunas voces.)—¡Que Manuel Venegas iba á matar á la "Dolorosa," cuando de pronto ha caído de rodillas debajo de las andas del Niño Jesús, y luego ha echado á andar detrás de la Procesión!....—¡Mirenlo ustedes! ¡Allí va.... cogido de la capa de oro de Don Trinidad Muley!

—¡Mentira! ¡no ha pasado así! (exclamaban los discípulos de "Vitriolo" y los catecúmenos que ya tenían en aquel barrio.) Lo que ha sucedido es que la "Dolorosa" se ha echado á llorar al ver á su antiguo adorador; que el Padre Cura ha dicho á éste cuatro frescas, por no haberle querido recibir hoy, y que, de resultas de lo uno y de lo otro, nuestro perdonavidas se ha ido detrás de su antiguo amo, como un doctrino, como un borrego, como el último acólito de la Parroquia....—¡Estos son los valientes!

¡Mucho ruido, y luego.... la nada entre dos platos!

—¡Con que ha llorado la "Dolorosa!" (decía la parte neutra del "Coro:") ¡Mala señal para Antonio Arregui!—Los primeros amores son los que privan.—¡Veréis como todo eso concluye por donde debió empezar: por entenderse los enamorados y por irse Antonio Arregui á la Rioja! —¡Lástima de Fábrica! ¡Hacía un paño tan bueno y tan barato!

En tal momento, es decir, cuando la Procesión estaba ya en la calle de Santa Luparín, y Soledad y su madre se habían marchado por excusadas callejuelas, y todo parecía terminado por aquella tarde, notóse gran animación en lo hondo de la calle de Santa María.

—¡Antonio Arregui ha llegado! ¡Antonio Arregui viene! ¡Antonio Arregui está ahí....!—Miradlo.... ¡Aquel es! Y ¡qué cara trae!—decían en voz más ó menos baja muchas personas, señalando á un hombre de buena presencia, que avanzaba con de prisa por en medio de la calle, con la faz descompuesta por la indignación, seguido de algunos pilluelos y fijos los ojos en la casa donde Soledad

y la seña María Josefa habían pasado la tarde.

Y entonces fué de ver la maestría con que el público se reparte los papeles y funciona en tales casos sin previo acuerdo.—Mientras que unos paraban al furioso riojano y le referían exactísimamente todo lo ocurrido, advirtiéndole que su mujer y su madre política se habían marchado ilesas, y rogándole con cierta sorna que fuera prudente y se encerrase en su casa.... otros echaban calle arriba, á fin de alcanzar á Manuel Venegas y ponerle al tanto de la novedad, con ánimo, sin duda, de acabar también plidiéndole que se dejase de trapisondas y evitara un desagradable encuentro con el irritadísimo esposo de su adorada prenda....

Dichosamente, no faltó un alma caritativa mejor aconsejada, que corriera más que estos últimos y dijese oportunamente cuatro palabras al oído de Don Trinidad Muley.

—¡Corred, muchachos! (gritó entonces el Cura á los portadores de las andas.) ¡Vamos! ¡vamos! que está obscureciendo.....—¡Más de prisa aún, perezosos! —¡Basta por hoy de Procesión!—Y tú,

Manuel mío, no te sueltes....—¡Esta diantre de capa pesa mil arrobas, y tú estás ayudándome á llevarla!

Tomó, pues, la Procesión, un paso como de fuga. Los de las andas, arengados incesantemente por Don Trinidad, atropellaban por todo, sin respeto alguno al orden de la comitiva; los del palio corrían detrás de las andas, midiendo el suelo con las varas á grandes trancos, y sacerdotes, seises, bajonistas, cofrades, público y escolta formaban un barullo indescriptible.

—Pero ¿qué ocurre?—preguntaban los muñidores esgrimiendo sus pértigas...

—¡Nada! ¡nada! ¡Adelante!—respondía Don Trinidad Muley, echando los bofes.

Y, no muy seguro aún de que bastase á su propósito aquella gloriosa huida, llamó al septuagenario capitán, que marchaba detrás de él representando al ejército; le refirió al oído lo que pasaba en la otra calle, y terminó diciéndole á media voz:

—¡En último extremo, tire usted de la espada!.... Pero no pegue usted más que de plano.

Por fortuna, Manuel iba tan ensimismado y abatido, que no reparaba en nin-

guna de aquellas cosas y se dejaba llevar por el Padre de almas como un ciego por el que ve.

—¿Saben ustedes la novedad?—exclamó en esto un discípulo de "Vitriolo," que llegaba á escape en aquel momento y había conseguido acercarse á Manuel Venegas.

—¡Calla, ó te estrangulo!—rugió sordamente el capitán, echándole mano al pescuezo y arrojándola de aquel sitio.

Y, pretextando luego que no podía andar tan de prisa, se cogió del brazo izquierdo de Manuel, sin perder de vista al feroz discípulo de "Vitriolo."

Quedó, pues, nuestro héroe incomunicado con el público; y, de este modo, llevado á remolque por el virtuosísimo Cura y remolcando él al honradísimo Capitán, penetró al fin en la capilla de Santa Luparia, donde, por pronta evidencia, lo encerró Don Trinidad Muley con llave y cerrojo en un reducido despacho dependiente de la Sacristía...

Hízo lo á tiempo.—Un minuto después llegaba Antonio Arregui, seguido de muchas personas, al pórtico de la Capilla, en demanda de Manuel Venegas....

Pero se encontró con el revestido sa-

cerdote, que ya aguardaba descuidado, y que le dijo majestuosamente:

—Alto, señor Don Antonio!—;Mi hijo está en sagrado!...—Usted acaba de hacer, con venir aquí, todo lo que cumple á un hombre de honor y vergüenza. —Márchese tranquilo á su casa, á donde yo iré á buscarle mañana, si Dios quiere

Y, volviéndose luego á la multitud, añadió con destemplado acento:

—Ustedes... ¡á sus negocios! ¡á cuidar de sus hijos, que hartos lo necesitan; y dejen en paz á los desgraciados!

Antonio Arregui besó la mano al Cura sin contestar palabra, y se marchó tranquilamente.

Los grupos se retiraron también poco á poco, elogiando en voz alta á Don Trinidad Muley y pensando al propio tiempo en el Baile de Rifa de la siguiente tarde, como el jugador que ha perdido piensa en el desquite.

Y pronto no quedó más que el recuerdo de la inolvidable Procesión de aquella día, como del fulgente sol que había iluminado las engalanadas y ya entenebrecidas calles, sólo quedaba un vago crepúsculo en los remotos celajes de Po-  
nente.

## III

## ÚLTIMO VUELO DE UN PAR DE PERDICES

No pocos sudores costó á Don Trinidad Muley deshacerse de otras muchas personas que habían entrado en la Capilla y en la Sacristía en pos de ambos Niños de la Bola, y que aún permanecían allí las horas después de terminada la Procesión.

Por una parte, los socios de la Hermandad celebraban en la Sacristía la siempre borrascosa Junta en que anualmente eligen aquella noche y en aquel sitio, (tomando biscochos y unas copitas de rosoli), nuevo Mayordomo ó Hermano Mayor; y, por otro lado, centenares de valientes, algo bebidos por cuenta propia, se arremolinaban en la Iglesia, empeñados en hablar al hijo de Don Rodrigo á fin de ver qué efecto le producían las noticias (que deseaban darle), del regreso de Antonio Arregui y de su hombrada de haber avanzado hasta allí en busca de satisfacción y desagravio...